

DE COMO SE TERMINA UNA SEQUIA

POR

FERNANDO AINSA AMIGUES

Al poeta Saul Ibargoyen, que me hizo creer en lo cierto de esta historia.

Fue cosa de oírle decir sordamente «esto será grave» el día que murió el primer animal, acostumbrados como estaban a darle la fe que ninguno tenía. De muchas otras veces sucesivas tuvo que hacerse la expresión, para que alguien —el cuarto animal encontrado con sus patas rígidas y el belfo entreabierto— pudiera decir «esto es grave».

La verdad es que sólo El, hasta ese momento, solía mirar el cielo limpio de nubes en general, cruzando rápidamente otras por el tenue amarillento de las menos. Era la tierra reseca el objeto de los afanes de todos, y nadie, más allá de tener perlada la frente al mediodía, pensaba en el azul restallante; como tampoco lo hacían los niños.

Y es que había que sentir lo que era ver el arroyo seco y la ausencia de lombrices en una tierra que dejó de ser húmeda, aun escarbada, tres días antes de que muriera la vaca de Pascual. Fueron todas estas cosas que pasaban cuando todos repetían «esto es grave». Por ese entonces ya nadie creía en la resignación que un día el cura que les habló de Dios les hizo ver cómo uno de los modos más cómodos para seguir plantando boniatos, año a año, sin cuestionar nota alguna.

Por eso, olvidados como estaban de la resignación y sin entender mucho aquello de Dios, fueron a verlo a El, que ya sabía tanto del cielo limpio de nubes como de la muerte de sus animales. Y sospechaban que otro tanto del triste verde de las plantas, del mismo arroyo seco y del propio Dios. Les pudo repetir entonces: «Presté atención al padrecito bueno que bautizó a tantos de nosotros en una semana, y rétuve del cuidado que nos dispensa Dios desde el cielo, en que vive. Desde entonces, puedo decirles, lo entendí todo».

«Además yo recordaba...», añadió, para remontarse a los años bisiestos de su infancia, cuando su abuela le habló de cómo era el cielo donde las estrellas estaban colgando y ardiendo, así como de los pisos sucesivos de unas nubes singulares en que la luna era reina y rey el

sol. «Allí los mueve todos a su antojo el mismo Dios, que juega por ser muchos sus poderes y su capacidad de entretenimiento», completó. Contenido el aliento, batió palmas por aquellos que le prestaban a Dios la debida atención y veían todo tan devotamente ordenado. De este modo debían anticiparse a lo básico de la gracia y dar pasos previos al paraíso, aquél organizado en uno de los siete pisos del firmamento donde vivía Dios. Allí, con quienes habían creído lo suficiente en él y su poder singular.

Sólo entonces calló y volvió nuevamente sus ojos, cargados de nostalgia por un mundo que no conocía, al cielo de donde los había bajado con su particular fijeza: la que le diera la sequía y vieran todos ellos.

Eran diez, pero representaban a todos los Moraes y estaban en silencio. No otorgaban a la palabra mayor mérito que el que dieran por lo poco que tenían y que todos sabían menos cada vez, con lo cual su actitud era más propia del escuchar que del decir. Y en eso estaban, pues.

Las vacas y el viejo toro, muertos ya, habían traído este ánimo de derrota, y El lo sabía. De su actitud recogida, con la barba llena aún de las migas que le dejara el bizcochuelo que comiera la última Nochebuena, pudieron todos sacar un formal parecer: había soluciones a la vista. Y no eran éstas irse, como propusiera un año antes aquel que se fue. Aquel que un día, tomando el rumbo contrario al de la salida del sol, buscó las tierras más populosas y de mejor destino que imaginara, por lo mentadas. No, no como aquél, que las soluciones eran otras.

Todos esperaron de su voz la respuesta, y tras mirar el cielo y una nube esquiva pasando lerda por su curso, les dijo: «Lástima la falta de capital.» Se pudo imaginar entonces su primera solución, auténtico plan. A saber: con una gran red atada a un largo palo se podían atrapar del mismo cielo las nubes, estrujarlas luego sobre los baldes de ordeño o, como imaginó más generoso Romualdo, sacarle su apreciado jugo sobre la misma lagunilla seca del bajo. Nadie entendió tal solución y él debió acudir al ejemplo de aquellas redes—éstas debían ser más grandes, es claro—con las que el hijo de don Tomás Irralde cazara en verano las mariposas y los bichos voladores de cáscara coloreada. Entonces, sí.

Entonces pudo armarse algo titubeante al enhebrarlo en este arranque, mas luego discutido el plan al puro grito: si más valía la pena bajar las nubes cazadas y enjugarlas de su lluvia en tierra o si era preferible colocar caños hasta el umbral de los árboles. De allí, se decía, con guadañas atadas a su boca abierta, se rasgarían con soltura las que pasaran por sus filos y como odres de vino o bolsas de trigo que el azar

de un cuchillo revierte, se derramaría luego su fresco contenido, esperado al pie por todos. Era posible el regadío vertical, con más razón que el horizontal conocido, se decía, que el agua suele resbalar con más facilidad que la prevista. Pero todo estaba perdido de antemano y El lo sabía cuando dijo: «Lástima la falta de capital.» Todos se fueron, pues, en silencio, aunque esperaban sin saberlo que la desesperación de los días siguientes permitiera que todo fuera más claro todavía.

* * *

Habían muerto algunas de las gallinas blancas, y el gallo tenía su cresta mustia y se le veía como perdido, ya sin su clásico despunte del alba y sin retozar imperioso sobre gallina alguna, cuando Antolín—hijo de Vicente y Odila—se puso morado un día. Aquella noche pasaron todos por la puerta de la habitación en penumbra y pudieron oírlo quejarse raramente, los ojos vueltos hacia el techo, poseído todo el niño de un asombro nervioso que no cejaba vaso alguno del enjuague de pastos hervidos por la Ña Catalina, la misma que solía recogerlos cerro arriba las noches de luna llena.

Fueron cosas de verse aquellas noches de desvelo al pie de la cama del niño Antolín, más morado cada día por medio. Lo fueron de tal modo que él no cejó en su original empeño de andarle buscando rajaduras a la bóveda celeste, casi blanca de puro deslumbrada en el día, oscura sin compasión en las noches cortas de aquel verano. Y cuando Antolín murió en el olor de la santidad que da la inocencia, no fue extraño que El dijera: «Pues no tocará otro remedio.»

Todos recordaban aún borroso el hecho de que el cura estuviera tan pocos días con ellos, que el niño tendría en su cabecera de tierra una cruz de palo que Saturnino hiciera de madera dura y tiento de toro. No fue difícil, ni muy llorado. Se hizo la fosa al extremo sur de la tapera de aquel sin fe que un día se fuera de El Paso rumbo a lo que creyó mejores horizontes. Se le llevó a la tardécita siguiente con los zapatos puestos, los ojos aún abiertos, sin la pena de no haberlos podido cerrar más allá del asombro con que se despidieron de lo inédito de su experiencia. Puesto en la fosa, el mismo Saturnino empezó con sus manos a echar secos terrones en su pecho. Luego ayudaron Vicente y otros, en tanto Odila lloraba y preguntaba en voz alta lo que algunos sordamente ya hacían: «¿Por qué?» Sólo El había completado: «¿Por qué, Dios mío?»

Vueltos despacio a las casas juntas del yado, la muerte pudo ser algo más que una excepción que hacía quince años no golpeaba a nadie: era ahora la amenaza cierta de un pájaro volando el sembrado,

y de nada valdrían los escobazos lanzados al tanteo de sus imprevistos giros. Hoy, Antolín; mañana, cualquiera, y ese cualquiera se llamó —a los pocos días— la misma Odila, madre infestada de tristeza y arrebatada por tanta sequía mal encarada. Por eso El dijo, antes de verla igualmente enterrada: «Pues no toca otro remedio.» Y tomó su esperada resolución.

La paz de El Paso se acabó cuando todos lo supieron, y era más el trajín del ir y venir desautorizando rumores que el más usual de los revoltijos en época de cosecha. Sólo en esos días de boniatos a cuestras, pesando bolsas al pie de los carros que venían del pueblo a buscarlas una vez por año, pudieron verse desórdenes de tal orden en El Paso. Sólo discutir precio y beneficio pudo provocar semejante ajeteo, siendo el más revuelto Saturnino, por esa habilidad manifiesta en el arte de la madera y el ingenio que puso al servicio de las alas tan pregonadas por lo necesitadas. Todo giró por entonces acerca de su tamaño y regularidad de movimiento, tanto se habló de ángulo de incidencia del aire como de los vientos más usuales o de aquellos que podían ser más desacertados a su propósito. De las aceitadas bisagras sobre cuyos goznes giraría lo mayor de su cuerpo, copiadas como fueron del diseño que El imaginó raspando tantos recuerdos de esa abuela de los años bisiestos, se tuvo noticia luego. Su propósito ya había hecho carne en todos ellos y no tan sólo en El mismo, como creía.

Las alas podían ser entonces como las del arcángel que detuvo el brazo de Abraham, un cuento que trajo a las mentes de todos para hacer ver que el abandono no debe llevar a la desesperación, aunque era poco lo que ver tenía. También podían ser las técnicamente impecables que la abuela adjudicó a un tal Leonardo, dibujante que en su época se preocupó, tanto como El, por saber qué realmente pasaba en la bóveda celeste y de los modos de llegar a ella.

Cuando ya hacía ochenta días que no llovía en El Paso, del armazón original, sin maginería barroca que frustrara su vuelo, se pasó con singular entusiasmo al cuerpo afelpado de su contenido. Todos pudieron llegar incluso a olvidar la extraña muerte de Odila, a la que habían llevado por simple costumbre junto a su hijo, haciendo que la cabecera de Antolín sirviera para sus despojos. Enterrada con afanes de volver pronto al jolgorio del proyecto que crecía hacia la fecha final del 20 de febrero, día tan arbitrario en lo elegido como desconocido en el almanaque. Sólo Vicente languidecería, traspasado de soledad y cruzando sus dedos ante el proyecto, tan reseco quedó. Ni entibiar con una lágrima salada su regazo podía, aquel mismo que suele necesitar del llorar para doblar, tierno y flexible, lo recóndito que tiene la amargura.

En el cuerpo de las alas todos colaboraron, porque no había otro: tanto era lo necesario como variado. Si tersamente pudieron cubrirse los armazones de madera con la lona recortada a su misma proporción y con pequeños clavitos de bronce, para el pegoteo subsiguiente de los plumones todos contribuyeron. Unos con la harina, es cierto, que de jergones y almohadas no sabían más que la envidia provocada al ver la blandura del lecho de los menos. Otros, con la misma pluma del almohadón rasgado, y así, en tanto las lonas untadas del improvisado engrudo se iban cubriendo ordenadas de las plumas suaves de los patos y gansos que no conocieron, la imagen de lo imaginado por El ya fue cuerpo cierto. La solución a la muerte de vacas, toro, gallinas, Antolín, Odila y los que pudieran venir, cosa hecha: no había más que esperar al día elegido o presuponerlo apenas fueran los vientos favorables.

El comía menos de lo habitual y de su liviandad manifiesta ya nadie dudaba, tan propicio parecía todo a su propósito. De la mañana a la noche seguía buscando grietas en el cielo limpio, y sólo al caer el sol se llegaba adonde Saturnino a corregir detalles, a limar asperezas, a comprobar la seguridad de las bisagras y su adecuado giro al ritmo de los tirones de los tientos que tomaría de sus manos. No es que dudara de su decisión y menos de la tarea tan colectiva que lo secundaba, pero a todo parecía buscarle la seguridad que su imaginación no le brindara con el mismo ímpetu del instante en que concibió, ante los ojos desmesurados de Antolín, su obligada misión.

Cuando se esperaba que los plumones secaran, El ya estaba trazando su derrotero más directo. Recordando los pisos curvos de la órbita celeste, sólo le faltaba marcar jornadas que no fueran excesivamente penosas, pautar descansos a cada uno de los niveles, y así como eran siete los días de la semana, calculaba en otro tanto su transcurso. Sólo una duda le quedaba y era recordar el nivel de la morada de Dios, algo que nadie aclaraba por no saberlo: si era antes o después de la luna que estaba el pregonado reino de los cielos. De cómo llegar, ya sabía, traspuestos que estuvieran los portones que vigilaba San Pedro o aquellos otros de sentado a la diestra de Dios Padre que le enseñara el buen cura en su rápido pasaje por El Paso.

Pero todo podía estar antes de la luna, en cuyo caso no habría problema; o después de ella, para el cual no veía la forma de traspasar la insospechada grieta de la bóveda final y llegar a su seno. Era esta la única duda que lo agobiaba, y a despejarla dedicaba buena parte del trazado con que concretó el mapa final de su viaje.

Todo estuvo previsto, incluso su mejor ánimo, en la fecha elegida y el día, como tantos otros de los meses previos, despuntó limpio y con un viento suave que todos previeron de lo mejor adecuado. Y como

para no amainar el ímpetu que había de necesitar para despegar primero del duro suelo, esa misma mañana murieron la última vaca y dos de las catorce ovejas que balaban aún en la medianía. La gestión —aquél no toca otro remedio con que debía apersonarse a Dios— era de tan asegurada necesidad que nadie pensaba en otra cosa que en verlo partir agitando sus flamantes alas. Sólo faltaba que uno de los más jóvenes, frescas aún las travesuras de birlar pichones a los nidos, subiera al más alto de los eucaliptos del monte cercano, armara de tal modo la polea que hiciera posible levantarlo a El hacia lo alto, facilitando así, en varios metros, la partida que fracasó en tierra, porque así fue primero.

Había sido al principio, colgada al hombro la mochila con unos boniatos asados, una tira de asado de oveja carneada en su justo homenaje y en aras del éxito de su esperada misión ante Dios. Había iniciado una carrera loma abajo con el adiós de todos. Batiendo ágilmente el mecanismo más regular de las inmensas alas de que era portador, aún ajustado su ritmo al tironeo simultáneo de los tientos atados a sus puntas, no pudo recorrer más allá del metro previo a su espectacular caída.

De allí fue recogido, protestando algunos, sintiéndose realmente los más. Sin sacudirle el polvo de su mejor traje y al puro empujón del desconcierto, lo llevaron de inmediato al eucalipto del monte, elegido entre los más altos. Así trepó entre sus ramas el joven, llevando la polea y la punta de una larga soga y armó el improvisado mecanismo al que lo ataron y luego lo izaron, para verlo perderse, bamboleante e inseguro, hacia lo alto. Tiraban de una punta cuatro, entre ellos Pascual, con las ganas que le daba la mala fortuna de sus vacas muertas. En ese momento alguien recordó un problema tan propio que le gritó: «Pídele al Señor Dios por mi hija Ramona», y eso fue como si se desencadenara la memoria olvidada de cada uno, tal era el mal general hasta ese momento. Casi a punto de soltar la cuerda estuvieron los mismos que iban tirándola hacia lo alto para hacer de un mejor modo —las manos, por ejemplo, apantallando el grito— su singular pedido. Y él, desapareciendo entre el follaje, tratando de esquivar las ramas que pudieran rasgar su preciosas alas, no sólo no les prestó atención, sino que, por primera vez, sintió miedo.

La lógica de tantas semanas hilvanadas hasta con la muerte de Antolín parecía desmenuzarse en la medida en que todos se empequeñecían a sus pies, agitando sus brazos, gritando sus pedidos particulares, que ya nada o poco tenían que ver con aquella sequía y las muertes por ella provocadas. Por eso —y sólo entonces— sintió miedo.

En la copa del eucalipto miró la radiante mañana, verificó el meca-

nismo de sus alas, sacudió de una de ellas las hojas trenzadas al plumón, se desató la soga que lo había izado y se dispuso a ir a ver a Dios con más fe que nunca. Abajo todos le despedían, y sólo Vicente permanecía quieto y aislado. Sus dedos, entumecidos de estar cruzados desde hacía tantos días, temblaban. Pero él no lo supo desde lo alto, y así, encomendándose al mismo que iba a ver, se lanzó al vacío.

Se le vio caer y no volar.

Era como un inútil pataleo el de sus piernas y sus grandes alas desaparejas en su batir continuo. Así iba perdiendo altura, y los más cercanos a su aproximación aterrada corrieron. Entre ellos, Vicente, soltando por extrañeza el puente de sus dedos casi unidos en el cruzamiento con que cerrara la despedida a Odila, a la cabecera de la tumba de su hijo Antolín. Un raro recobrar del sentido perdido de las cosas, como las habían entendido hasta que llegó la sequía y la muerte multiplicada, los agitó a todos y a cada uno, en la misma medida en que caía y no volaba, en que algunas plumas se despegaban y llovían como copos de nieve que nunca imaginaron. Y ese sentido recobrado de las cosas era tremendo, y así, en unos segundos, pudo decirlo alguno.

Pero no.

Cuanto más su cuerpo caía, El sentía menos acelerado el descenso y en la misma medida en que trataba de recobrar el ritmo del batir de las alas que no había logrado armonizar en su primer impulso, sospechó la solución, y lo que creyó inútil pataleo, fue para quienes lo vieron el desprendimiento de sus zapatos como liviandad a golpes asumida. Y así primero; mas luego fue la misma mochila con las vituallas para su largo viaje las que vieron todos cómo arrancaba lejos de sí, como un lastre que hiciera posible su esperado flotamiento progresivo en el espacio que tenía por recorrer ante sí y la comprobación de la certeza de su carta de ruta, sólo imaginada hasta el momento.

Y pudo ser cierto, cuando casi estaba a dos metros del suelo, verlo frenar totalmente su caída y a golpes torpes, acuciados por la propia fe de todos, ir asegurando por la misma resistencia del aire y la gravedad vencidas, todo cuanto necesitó para ir remontando lentamente la distancia perdida, y aún más: aquella sospechada que lo llevaría tras las nubes.

Así lo vieron todos partir, incluso Vicente, a los golpes tenues de sus largos remos aéreos, dejando una breve estela de plumas al principio, su sombra diminuta luego. Los más previsores, entonces, recogían los restos de su mochila del suelo, y alguno, más por hambre que por ansiedad, mordían los machucados boniatos y el asado que debió ser alimento de su viaje.

Del mismo modo se le vio desaparecer tras el resplandor inequívoco del sol, ya demasiado alto para seguir permaneciendo a su luz sin sombrero y sin otra protección que unas manos que ya no saludaban y se empeñaban en ser viseras de los ojos entrecerrados por su violento brillo. Lentamente, pues, irían todos volviendo hacia sus casas, alimentando la esperanza de una gestión tan bien iniciada. Bajando el monte, vadeada la laguna de barro reseco, se disiparía el grupo, y aquella noche, en un silencio total, comerían algunos el resto del contenido de la mochila caída, sin atreverse nadie a quebrar ensalmo tan bien tramoyado y concebido, como lo estaba éste de las que fueron ilusiones de todos.

En los días siguientes todo fue lo mismo, es decir, murieron algunas ovejas más, otro niño apareció morado con sus ojos más abiertos de la cuenta y el sol brilló sin transacciones en un cielo calcificado de puro reverbero. Todos, con esa misma sequía continuada, hasta pudieron irlo olvidando, tan de acuerdo con los días anteriores aparecía su gestión emprendida con tanto sacrificio. Alguien recomendó paciencia y marcó en un poste—que miraban todos cada mañana—los días transcurridos desde su partida. Y no fue casualidad que al séptimo fueran muchas más las nubes que las excepcionales de por aquel entonces, ni milagro alguno que al octavo rompiera a llover, con todo lo cual, algún memorioso, como Pascual, pudo decir: «Entonces el Señor Dios tiene su reino antes de la Luna.»

Y llovió de tal modo, que la lagunilla recobró su orilla, el arroyo su cauce y el gallo su apresto para cantar madrugadas con su dura cresta y perseguir las pocas gallinas desplumadas que quedaban en El Paso. Tan natural resultó todo, que así volvieron a ser lo que fueran antes de la sequía, nadie gritó más de la cuenta y las cosas recobraron su ritmo olvidado. Aquel ritmo que marcó cosechas, tantos veranos como inviernos, el vientre de los animales y su curiosa miseria.

Pero muy pronto, un día de los siete en que llovió seguido, uno de los niños volvió agitado del monte. Lo había visto a El, sólo que muerto.

Allí fueron todos, lentamente, tras las huellas del niño. Y lo vieron muerto y maltrecho, sus alas astilladas y las plumas hechas la pasta infame que la lluvia pertinaz agudizara. Al verlo así muerto, alguien miró hacia lo alto y descubrió el mismo eucalipto del que partiera, tan trastabillado al principio como triunfante luego. Así como, unánimes, lo comprobaron todos, se pudo dudar entonces si realmente había volado alguna vez y si la lluvia feliz tenía algo que ver con su cuerpo tan magullado. No se discutió, sino que se lo tomó sin mucho cuidado y se lo enterró, cruzadas sus alas quebradas a modo de un resabio

cristiano que un Saturnino perezoso en demasía no quiso perfeccionar. Luego, no se volvió a mencionar su nombre.

Era más fácil, recuperada la naturaleza de su sobresalto, normalizada una vida que nadie de tan lejos intuyera como repetida, verlo caído realmente desde su salto inicial y no tras los siete días de su proyectado viaje. En resumen: como si hubiera sido el suyo error de despegue y no el menos obvio y compartido del aterrizaje. Y por lo fácil de aquél, así fue aceptado y repetido a cada uno de los hijos de los que quedaron en El Paso.

Pero lo que no supo nadie nunca es que él no murió por golpe alguno de caída, sino por algo mucho más triste y general, de hambre.

FERNANDO AINSA
Rimac, 1732
MONTEVIDEO